

Domingo IV de Adviento Ciclo B



24 de diciembre de 2023

2Sm 7, 1-5.8-12.14.16

Sal 88

Rm 16, 25-27

Lc 1,26-38

P. Eduardo Suanzes, msps

Hemos escuchado en el Evangelio el relato de la Anunciación, el instante en la historia, protagonizado por Gabriel y María, en que el Verbo se hace carne en el vientre de esa doncella de Nazaret. Gabriel propone, anuncia la voluntad de Dios a María y ella acepta, asiente con su vida abriendo su corazón de par en par para recibir al Verbo en su seno. Ni imaginaba todavía María las consecuencias de su aceptación, de lo que a partir de ese momento, sucedería en ella y en el mundo, pues **el Verbo se hizo carne**.

Nos hemos, tal vez, acostumbrado a esta frase, pero decir que *el Verbo se hizo carne* es lo mismo que admitir que el mundo es nuevo desde aquel día, que la nueva creación se ha producido en la historia, de la cual todos, creamos o no, somos partícipes y estamos profundamente implicados; es más, diría que la misma historia ha sufrido un salto cualitativo infinito, tanto que ahora no es la historia del hombre, sino la del hombre-Dios. La misma vida de Dios se ha hecho patente en la vida del hombre y la culminación de la creación ha llegado a su vértice, porque Dios al hacerse hombre ha hecho al hombre Dios: le ha dado la capacidad de vivir en Él, de participar de su misma naturaleza divina. Por eso, en su oración sacerdotal antes de la pasión, Cristo no hace sino una súplica por todos nosotros: Que seamos uno con él, como él y el Padre son uno, para que podamos ver su gloria. Tal unidad es el fin de la encarnación y de la redención: que el velo del templo se rasgara y que Dios y el hombre puedan ser uno en Jesús¹. En este relato de la Anunciación se está marcando el inicio de una nueva humanidad, una nueva creación.

Pero, fijémonos bien, esto se realiza en un pueblo insignificante jamás nombrado en la Biblia hasta ahora; en una región (Galilea) alejada de la gran Jerusalén, sede de la religiosidad oficial (templo); y se dirige a una muchacha sencilla y sin ninguna tradición ni ascendencia que la avale. Por tanto, sencillez y pequeñez por donde se mire. Y es que Dios se hace presente en la sencillez. Nos debe enseñar esta primera idea que ningún acontecimiento espectacular hace presente a Dios. Al contrario en cualquier acontecimiento por sencillo que sea, podemos descubrirlo. Decía Blas Pascal: «Toda religión que no predique un Dios escondido, es falsa»².

En la Primera Lectura se dice que, una vez que David se ha hecho un palacio de cedro, decide hacer un favor a Dios, construyéndole un templo para que en él Dios habite. « ¿Qué tú vas a hacerme a mí una morada, una casa?», le decía Dios a David: « ¡estás muy equivocado! ¡Soy yo el que te la hace a ti!». Mira yo voy a estar a **estar contigo para siempre**. Básicamente es lo que se dice. «Y no solamente yo te la hago: es que Yo soy tu Morada». Es

¹ Cfr. EUGENIO MARÍA DEL NIÑO JESÚS. *Quiero ver a Dios*, p.48. Ed. Espiritualidad. Madrid 2002

² BLAISE PASCAL. *Pensamientos*, 1670. (Libro póstumo). Reeditado por GABRIEL ALBIAC. Ed. Tecnos. Madrid, 2018

como si nos dijera: «Te visito, me encarno, para que tú tengas tu espacio vital, tu intimidad, tu descanso y reposo, tu felicidad y plenitud (que eso es lo que nos da la idea de hogar), en Mí».

Cuando nosotros vamos a visitar a alguien, para estar con esa persona, lo hacemos por un rato, por unos días, por una temporada, todo lo más; después nos volvemos a nuestra casa. Eso es lo que nosotros entendemos por visitar. Pero cuando Dios visita al hombre la cosa cambia: él viene no por un rato, ni para solo una temporada: él viene para toda la eternidad. Él viene para quedarse en tu vida para siempre. No es que ponga su tienda al lado de la tuya; no es que se busque un apartamento cerca de tu casa; tampoco, ni siquiera eso, él viene a morar en una habitación interior de tu casa, ni siquiera la más interior, la mejor y más preparada: él viene para hacerse Morada nuestra.

Pero además ese ***estar Dios con nosotros para siempre*** trae consigo otra idea fundamental. En efecto, cuando nosotros hacemos una visita, visitamos a alguien que no está junto a nosotros, con nosotros, que está en otra parte. De ahí el viaje para visitarlo, el desplazamiento. Pues bien, con esta visita de Dios, en la que él se hace carne y nace en Belén, en la que él mismo se convierte en nuestra Morada, ya no habrá nunca más distancias. Ni siquiera mi pecado podrá cavar ninguna zanja de separación entre Él y yo: podré negarlo, contradecirlo, huir de Él...da igual: Él seguirá siendo siempre mi Hogar, mi Morada, mi Casa..., jamás se separará de mí por más que yo trate de escapar. Ni el pecador más pecador de todos los pecadores podrá escapar nunca de su amor. Él nunca volteará el rostro, por más que yo lo volteé, nunca se apartará de mí por más que yo me escape: él, definitivamente y por toda la eternidad se ha hecho hombre. El puente siempre estará ahí uniendo las dos partes separadas antes por el abismo.

Es más, basta con tocar el puente para estar del otro lado; basta con encender la hoguera para ser rescatados, basta con levantar la cabeza ir mirar a ese Sol que viene para dejar de vivir en nuestras sombras: ese Puente, ese Hogar, esa Morada es la que estará esta noche de Navidad en el portal de Belén interior del alma.

Este misterio insondable en el que Dios se hace nuestra Morada es una acción, no solo del Verbo, sino de la Trinidad, por eso es que el Ángel menciona al Padre (al Altísimo), al Espíritu, al Verbo hecho carne que se llamará Jesús. En efecto, en sus diálogos con Dios, Concepción Cabrera de Armida transcribe lo que recibe del Espíritu Santo en su corazón:

«El Verbo se hizo Carne... pero toda la Trinidad se abajó, a tomar al hombre en sus brazos, diré, para hacerlo feliz»³

El propósito de la Encarnación es la felicidad del hombre. El trabajo del Espíritu Creador es, precisamente, el de realizar una nueva creación. Por eso el Verbo se hizo carne. Pero es que además, ése era el fin último de la Encarnación del Verbo: engendrarse en todos los corazones.

³ CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA. *Cuenta de Conciencia*, 23,112; 19 de julio de 1906